



UN CORAZÓN EN FUEGO



ENCIENDA LA PASIÓN
POR DIOS

JOHN BEVERE



Autor de
LA TRAMPA
DE SATANÁS

UN CORAZÓN EN FUEGO



ENCIENDA LA PASIÓN
POR DIOS

JOHN BEVERE

 **CASA
CREACIÓN**
Para vivir la Palabra

Para vivir la Palabra

MANTÉNGANSE ALERTA;
PERMANEZCAN FIRMES EN LA FE;
SEAN VALIENTES Y FUERTES.
—1 CORINTIOS 16:13 (NVI)



Un corazón en fuego por John Bevere
Publicado por Casa Creación
Miami, Florida
www.casacreacion.com
©2020 Derechos reservados

ISBN: 978-1-941538-99-9

E-book ISBN: 978-1-955682-00-8

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Diseño interior: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Publicado originalmente en inglés bajo el título:

A Heart Ablaze

Thomas Nelson, Inc.

©1999 John Bevere

Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Se requiere permiso escrito de los editores para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

A menos que se indique lo contrario, los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, versión Reina-Valera 1960, por las Sociedades Bíblicas Unidas © Usada con permiso.

Nota de la editorial: Aunque el autor hizo todo lo posible por proveer teléfonos y páginas de internet correctas al momento de la publicación de este libro, ni la editorial ni el autor se responsabilizan por errores o cambios que puedan surgir luego de haberse publicado.

Impreso en Colombia

21 22 23 24 25 LBS 9 8 7 6 5 4 3 2 1

*Dedico este libro a dos hombres piadosos:
Primero, al pastor Al Brice:*

Te has preocupado por Lisa y yo como si fuéramos tu propia familia.

Has valorado el ministerio que Dios nos confió como si te lo hubiera confiado a ti. Has orado por nosotros como si lo hicieras por tus propias necesidades.

Nos has mostrado un amor desinteresado que solo nuestro Salvador puede dar.

Hicieron pacto Jonatán y David, porque él le amaba como a sí mismo.

—1 SAMUEL 18.3

Gracias, Al, porque has sido amigo por casi cuarenta años, ¡tenemos toda la eternidad para continuar nuestra amistad!

Segundo, a Loran Johnson:

Has trabajado con Lisa y conmigo en este ministerio sin esperar nada a cambio.

Te has alegrado con nosotros en los triunfos y has orado con diligencia en nuestros momentos de necesidad.

Nos has amado como un padre.

En todo tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia.

—PROVERBIOS 17.17

Gracias Loran, eres un amigo verdadero.

CONTENIDO

<i>Reconocimientos</i>	7
<i>Introducción</i>	9
1. Una noche inolvidable	13
2. El propósito de la salvación	27
3. Sacar a Egipto	39
4. La gloria del Señor	49
5. El paso a la montaña	65
6. Una deidad manejable	75
7. ¿Intenciones o deseos?	89
8. ¿Cultura opuesta o subcultura?	103
9. La gracia salvadora	117
10. Tiempos peligrosos	135
11. Oro, vestiduras y colirio	147
12. A todos los que amo	169
13. Santo fuego interior	181
14. Ellos verán su rostro	197

RECONOCIMIENTOS

Agradezco sinceramente...

A mi esposa Lisa. Gracias por ser mi mejor amiga, mi más fiel partidaria, esposa y madre de nuestros hijos. Eres para mí un verdadero regalo de Dios que aprecio muchísimo. Te amo, vida mía.

A nuestros cuatro hijos: Addison, Austin, Alexander y Arden. Todos ustedes han traído alegría a mi vida. Son un tesoro especial. Gracias por acompañarme en el llamado de Dios y por animarme a viajar y a escribir.

A mis padres, John y Kay Bevere. Gracias por el piadoso estilo de vida que me enseñaron. Los dos me han amado no solo de palabra sino con acciones.

Al pastor Al Brice, a Loran Johnson, Rob Birkbeck, Tony Stone y Steve Watson. Gracias por servir como consejeros en nuestras oficinas ministeriales en Europa y Estados Unidos. El amor, la generosidad y la sabiduría que dan desinteresadamente han conmovido y fortalecido nuestros corazones.

Al personal de Ministerios John Bevere. Gracias por su ayuda y su fidelidad inquebrantables. Lisa y yo los amamos a cada uno de ustedes.

A David y Pam Graham. Gracias por su apoyo fiel y sincero en la supervisión de nuestra oficina europea.

A Rory y Wendy Alec. Gracias por creer en el mensaje que Dios ha puesto en nuestros corazones. Apreciamos su amistad.

A Victor Oliver, Rolf Zettersten y Michael Hyatt. Gracias por animarnos y por creer en el mensaje que Dios ha encendido en nuestros corazones.

A Brian Hampton. Gracias por tus habilidades de corrector en este proyecto. Pero más que todo, gracias por tu ayuda.

A todo el personal de Casa Creación. Gracias por apoyar este mensaje y por su amable ayuda profesional. Es fabuloso trabajar con un gran grupo como ustedes.

Ante todo, mi sincero agradecimiento a mi Señor. ¿Cómo podría reconocer con palabras todo lo que has hecho por mí y por tu pueblo? Eres más de lo que puedo expresar.

INTRODUCCIÓN

Este libro es un viaje hacia la verdad. Muchos la anhelan, pero cuando esta los confronta, la rechazan, la esconden o la tergiversan para su propio beneficio. Esta condición ha creado graves problemas a nuestra generación, dando como resultado una sociedad inmersa en el engaño. Jesús advirtió una y otra vez a los hijos de nuestro tiempo contra esta situación.

El engaño conlleva un problema mayor porque quienes se encuentran atrapados en él creen que caminan en la verdad. Así describió Pablo a Timoteo los días postreros: «Vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las *fábulas*» (2 Timoteo 4.3-4). Una definición de la palabra griega traducida como fábulas, que se encuentra en el versículo 4, es «falsedad». Si por mucho tiempo se hace ver a la falsedad como verdad, muchos la aceptarán como tal.

Cuando la verdad se revela en la Biblia, es rechazada como herejía. Sin embargo, oí decir a un predicador: «Las doctrinas poco sanas que se enseñan en nuestras iglesias no son mensajes del directorio telefónico. Son mensajes extraídos de las Escrituras». Él estaba advirtiendo que esas doctrinas se derivaban

de la Biblia y por consiguiente se aceptaban ampliamente, aun cuando eran poco sanas.

El escritor de Proverbios previó esta situación y escribió: «Hay generación limpia en su propia opinión, si bien no se ha limpiado de su inmundicia» (Proverbios 30.12). En este libro nos daremos cuenta de que eso se refería a nuestra generación.

El mundo entero tocaría a la puerta de la verdad y entraría por ella si fuera agradable a sus sentidos y fácil de seguir. Sin embargo, Jesús dejó bien claro que ese no es el caso: «Todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas, mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios» (Juan 3.20-21). Solo los que temen a Dios aman la verdad.

En este día y hora surgen interrogantes difíciles. ¿Por qué les falta pasión a muchos en la iglesia? Hemos invertido miles de millones de dólares en medios de comunicación, edificios, anuncios y muchos otros medios de propagación del evangelio. Sin embargo, ¿por qué muchos en la iglesia luchan aún con la concupiscencia y los deseos por los placeres de este mundo? ¿Por qué más del ochenta por ciento de nuestros convertidos regresan al mundo de las tinieblas? ¿Cómo puede afirmar un pecador que ha tenido la experiencia de un nuevo nacimiento si no cambia en absoluto? Creo que la respuesta a todo lo anterior es: falta de fuego y pasión por Dios.

Si observamos a los que nos antecedieron, hallaremos claras diferencias. ¿Qué motivó en Moisés el deseo de buscar a Dios, cuando le costó una vida de logros? ¿Por qué Jeremías, Isaías y otros profetas continuaron proclamando las mismas palabras que les trajeron persecución y privaciones? ¿Por qué las personas de la iglesia primitiva pudieron renunciar a sus posesiones, a su comodidad y a sus propias vidas por el evangelio? ¿Qué fuerza hubo en la iglesia primitiva que les impulsó a predicar

valientemente bajo la amenaza de tortura y muerte, cuando la lucha más grande para muchos en la iglesia de hoy es vencer una mala autoimagen? Insisto, la respuesta es el fuego de Dios.

Necesitamos el fuego de Dios, fuego que está a la disposición de todos los sedientos de la verdad. El fuego no llega sin confrontación, pero la mayoría ya está cansada de halagos y está listo para el cambio. El temor de mantener cualquier carga dolorosa tropieza con la verdad. Los que asumen tal posición se encuentran desesperados por oír del Señor de gloria. Están listos para verlo glorificado realmente en sus vidas.

No importa dónde se encuentre usted en su caminar con el Señor, aún hay espacio para más del santo fuego de Dios. Si teme que casi se haya extinguido ese fuego, llénese de valor y tenga esperanza. Él ya prometió:

La caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará, hasta que saque a victoria el juicio.

—MATEO 12.20

¡Qué amor tan misericordioso tiene nuestro Padre! Ruego que este libro revele la verdadera preocupación de Dios por nuestra condición. Él se interesa más por nuestra condición que por nuestra comodidad y nos ama lo suficiente como para decirnos lo que debemos oír.

Nunca me había emocionado tanto un mensaje más que este, estas palabras me han conmovido profundamente. Este proyecto fortaleció lo que entiendo en cuanto a quién, en verdad, lo escribió. Solo soy un conducto por el cual el Maestro expone su mensaje. Me cuido de darle toda la gloria a Dios por cualquier cosa que él haga por medio de este libro. Quizás encienda un fuego santo en su vida y tal vez usted nunca vuelva a ser el mismo. Oremos al comenzar este viaje:

Padre, en el nombre de Jesús, te pido que mientras leo este libro me hables personalmente mediante tu Espíritu. No temo a la verdad sino que la anhelo. Al hacerla mía, haz que tu fuego santo arda dentro de mi corazón. Deja que su intensidad me consuma, haciéndome amar lo que amas y odiar lo que odias. Mientras leo, abre mis ojos para ver a Jesús con más claridad que nunca. Reconozco que él es tu Verdad y tu Palabra revelada. Te agradezco de antemano por cambiar mi vida con tu mensaje escrito en este libro. Amén.



1

UNA NOCHE INOLVIDABLE

Dios prenderá fuego a su pueblo con una pasión intensa y ardiente cual nunca habíamos visto.

Ocurrió en la cuarta y última de una serie de reuniones en la congregación Covenant Love Family Church, en Fayetteville, Carolina del Norte. No era la primera vez que estaba allí, porque ya había ministrado varias veces en esa iglesia. Las reuniones siempre daban frutos maravillosos porque en ese lugar había genuino amor y sed por Dios.

Era tarde y ya había pasado el tiempo que normalmente tarda un culto. No obstante, no me atrevía a concluir; me encontraba en medio de una lucha. El mensaje fue claro y conciso, y muy entusiasta la respuesta de las personas. Sin embargo, tuve la sensación de que faltaba algo. Por lo general, concluía una serie de cultos con la sensación de haber cumplido, especialmente con una iglesia receptiva. Esa noche fue distinto.

La lucha se hacía más fuerte al recordar una y otra vez las palabras que el Espíritu Santo me había susurrado en el corazón mientras volaba a Fayetteville: «Estas reuniones serán las más poderosas que hayas experimentado en esta iglesia».

En el transcurso de los años había estado en esa congregación siete u ocho veces, no dudaría en incluirla en mi lista de reuniones transformadoras de vidas. Recuerdo lo que pensé en el avión: *Bien vale la pena*.

Me hallaba de pie en el estrado totalmente perplejo. Las reuniones no habían sido las más poderosas. Me era difícil compararlas con los significativos testimonios y los actos maravillosos de los cultos anteriores. Luché con la tentación de quejarme, sin embargo sentí que debía mantenerme enfocado en el desarrollo del culto. Necesitaba desesperadamente oír la voz de Dios.

Parecía que la presencia de Dios estaba sobre la congregación. Parecía como si él quisiera caer en las personas de una manera firme y poderosa, pero que —de algún modo— se refrenara. De un lado a otro había grupos aislados de personas que lloraban. No obstante, sentí que Dios quería mucho más. Aunque en noches anteriores había experimentado un ambiente similar, estaba seguro de que en la última noche el Señor nos honraría con su refrescante presencia, tal como lo hiciera en el pasado. No habría otro culto. Me pregunté: «¿Por qué el Señor no está tocando a estas personas cuando percibo que desea hacerlo?».

La revelación que dio dirección

Luego escuché la tranquila y tierna voz del Espíritu Santo que me hablaba. Me mostró que algo estaba entorpeciendo a las iglesias de esa ciudad y que había también un obstáculo en el culto. Eso impedía que las iglesias crecieran más allá de cierto punto. Una vez que lo conseguían, se dividían o se volvían religiosas e ineficaces.

Al poco tiempo de haber hablado de eso con la congregación, el pastor subió y lo confirmó. Él había hecho estudios recientes e históricos sobre la ciudad, y afirmó que lo que yo había manifestado era estadísticamente cierto. Mientras él

hablaba escuché de nuevo la voz del Espíritu Santo. Me explicó la manera de romper esa atadura.

El pastor me pasó el micrófono cuando terminó de hablar. Entonces dije: «Hermanos míos, Dios me ha mostrado que un ayuno de cuarenta días romperá este obstáculo».

Casi se podían escuchar los pensamientos de las personas: *¡Pasaremos cuarenta días sin comer!*

Continué: «No necesariamente es un ayuno de alimentos, lo más probable es que no se trate de una total abstinencia de comida. Es abstenerse de lo que los mantiene alejados de buscar al Señor. Podría ser televisión, videojuegos, periódicos, redes sociales, compras en línea, conversaciones telefónicas, chateo, etcétera».

Este es un verdadero ayuno. Muy a menudo hacemos huelgas de hambre para oír de Dios y, no obstante, continuamos con nuestras vidas atareadas y confusas. Eso no es ayuno; en consecuencia tenemos pocos beneficios. Un ayuno verdadero ocurre cuando nos abstenemos de una manera más centrada con el propósito de buscar a Dios.

Los hijos de Israel se abstenían de alimentos y cuestionaban al Señor: «¿Por qué no estás impresionado?» o «¿Por qué ni siquiera notas nuestros esfuerzos?».

Dios respondió al pueblo a través del profeta Isaías: «He aquí que en el día de vuestro ayuno buscáis vuestro propio gusto ... para contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño inicualemente; no ayunéis como hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto» (Isaías 58.3-4).

Devolví el micrófono al pastor, que inmediatamente se comprometió a ayunar y pidió hacer lo mismo a toda la congregación. Unánimemente pusieron sus corazones en busca de Dios.

Al otro día me di cuenta de que en mi agenda estaba disponible el domingo siguiente a los cuarenta días de ayuno. Hablé de eso con el pastor, que me respondió: «Me encantaría que esté con nosotros».

En las siguientes semanas nos mantuvimos en contacto. Ya estaban llegando testimonios emocionantes de las familias que participaban en el ayuno. Estudiantes que estuvieron rezagados en el colegio veían ahora que sus notas C y D se convertían en A y B. Había informes de niños y jóvenes que ahora eran más obedientes y respetuosos. Las actividades mundanas parecían perder su influencia y su atractivo. Muchas esposas emocionadas contaban cómo sus maridos se habían vuelto hombres diferentes. Había padres que dirigían devocionales familiares de enseñanza bíblica y oración. Se restauraban relaciones, mientras algunos experimentaban sanidades físicas. Los hogares cambiaban totalmente cuando sus integrantes se volvían a Dios.

Supe también, por el pastor, que los cultos se hacían más poderosos y varias personas nuevas llegaban al reino de Dios. Como resultado de esta obediencia en la iglesia a hacer caso al mensaje de Dios, prácticamente todas las áreas estaban cambiando.

Un día que nunca olvidaré

Seis domingos después, el 3 de noviembre de 1996, regresé a ministrar a esa iglesia. Sería un día inolvidable. Desde que entré al santuario, en el culto matutino, noté que el aire estaba cargado de expectativas. El mensaje que expuse de la Palabra de Dios fue recibido con corazones y almas deseosas del Señor.

Al concluir el culto, el pastor animó a la congregación a llegar temprano esa noche para que prepararan sus corazones en oración. También informó a los padres que esa noche los niños de la iglesia participarían en el culto principal. Quería que los niños de todas las edades estuvieran juntos, a excepción de los menores de siete años. Yo sabía que él nunca había hecho algo así. Además, les advirtió a los padres: «Si ustedes o sus hijos se pierden el culto, se arrepentirán el resto de sus vidas».

Su comentario me sorprendió y casi me preocupó, pero decidí guardar silencio, aunque estoy feliz de haberlo hecho.

Esa noche el auditorio estaba repleto con casi mil trescientas personas. Prediqué sobre el temor de Dios, el mensaje concluyó aproximadamente a las nueve de la noche. La enseñanza había sido tan intensa que se podía escuchar un alfiler cayendo en el auditorio cada vez que yo hacía una pausa, incluso con todos los chicos presentes.

Al finalizar el mensaje, el líder de alabanza y yo dirigimos a la congregación en dos cánticos de adoración. Luego escuché al Espíritu Santo que me susurraba: «Quiero ministrara a las personas. Déjame hacerlo, por favor».

Comprendí que aun cuando entonábamos cánticos de adoración, no era en la dirección que el Espíritu quería. Así que alerté a la audiencia: «El Señor acaba de hablar a mi corazón. Quiere ministrarnos, de modo que permitámoslo y enfoquémosnos en él».

Durante algo así como los diez minutos siguientes se pudo escuchar a varias personas llorando sosegadamente en la presencia del Señor. Todo parecía indicar que ocurriría lo mismo que había pasado en los cultos de seis semanas atrás, sin embargo yo sabía que algo diferente estaba a punto de suceder.

Cerca de las nueve y cuarto, la tranquila atmósfera cambió de repente. Pude oír llantos agudos que surgían del fondo del salón. Me fue fácil identificarlos como las voces de los chicos. Aproximadamente ciento cincuenta chicos entre siete y doce años de edad estaban sentados con sus maestros en la parte trasera derecha del auditorio. Yo sabía que Dios los estaba tocando. Los invité al frente, diciendo: «Los niños, Dios está tocando a los niños. Quiero que todos los chicos que el Señor está tocando vengan al frente del estrado».

Nunca olvidaré lo que vi. Algunos podrían pensar que exagero y estaría de acuerdo si no hubiera sido un testigo presencial junto con las otras mil doscientas personas. Cuando

describo la grandeza de lo que vi esa noche, francamente soy incapaz de hacerlo con exactitud, pero lo intentaré. Debo señalar que esa es una iglesia bastante conservadora. La mayoría de los miembros provienen de denominaciones poco expresivas, o no crecieron en la iglesia y llegaron a ser salvos allí. El pastor es un gran maestro no dado a extremismos, sensacionalismos ni exageraciones.

Observé a los niños, en su mayoría entre siete y nueve años, bajando por el pasillo hasta donde yo estaba. Lloraban de manera incontrolable. Muchos se cubrían el rostro con las manos. Otros luchaban por caminar recto. Al llegar frente al estrado, algunos cayeron de rodillas porque no tenían fuerzas para permanecer de pie, pero la mayoría se desplomaba como si las rodillas cedieran completamente. Todos cayeron, unos encima de otros. Los llorosos ujieres los ayudaban. En pocos instantes vi que casi cien niños pequeños lloraban y clamaban, mientras la mayoría temblaba en gran manera. Estaban envueltos en la manifiesta presencia del Señor.

Eso no continuó por dos o tres minutos, ¡sino por una hora! Usted podría pensar que tal vez sea molesto ver tantos niños gimiendo y llorando todo ese tiempo, pero fue maravilloso. Los ojos de casi todos los adultos estaban llenos de lágrimas mientras observaban lo que Dios estaba haciendo en los niños. Sin embargo, al mismo tiempo ellos mismos eran tocados fuertemente por la poderosa presencia del Señor. Era como si entrara una ola de la presencia divina, solo para ser seguida de otra más poderosa. Cuando parecía que los niños ya no podían llorar, gritar o temblar, otra ola de la presencia divina llegaba y alzaba la intensidad a otro nivel. Debido a la intensa presencia de Dios, en ocasiones solo atiné a recostar la cabeza en el podio.

Observé a una chica no mayor de siete años que retorció profusamente las manos como si se estuvieran incendiando. Su rostro estaba bañado en lágrimas mientras clamaba. Se podía sentir de manera tan fuerte la presencia de Dios en esos niños,

que los ujieres ya no los ayudaban, aunque en un principio lo habían hecho. Solo permanecían de pie, observando y llorando.

Varios adultos yacían de bruces... inmóviles. Otros permanecían de pie compungidos y con los ojos llenos de lágrimas. Miré varias veces detrás de mí y vi al pastor llorando con las manos en el rostro. Su esposa prorrumpió en llanto en la galería del coro.

Más tarde, el pastor escribió una carta en la que describía la noche desde su posición ventajosa: Aunque este relato es parecido, sentí que era importante registrarlo como otra perspectiva más.

El domingo 3 de noviembre de 1996 será un día que nunca olvidaré. Creo que anuncia lo que Dios está a punto de hacer en la tierra. John predicó en el culto nocturno sobre el temor de Dios y luego declaró: «Dejemos que Jesús se enseñoree en todas las esferas de nuestras vidas y rindámonos completamente a él como nuestro Señor».

Adoramos por algún tiempo y luego John dijo: «Siento al Espíritu Santo moviéndose en este lugar». En ese momento oí sollozos de niños, jóvenes y adultos. Estos últimos comenzaron a llegar al altar llorando y gimiendo. John dijo después: «Dios está tocando a los niños, los niños están sintiendo poderosamente el toque del Señor». Entonces llamó al frente a los niños que estaban siendo tocados por la presencia de Dios.

Vi niños que corrían hacia el altar, llorando de modo incontrolable. Entre ellos estaban mis tres hijos y mi hija. Tendidos en el suelo o arrodillados, todos los niños clamaban y alababan a Cristo. Algunos temblaban y arqueaban profusamente las manos mientras el fuego de Dios se movía en medio de ellos. Casi un centenar de niños atiborraban el altar y el santuario

se inundaba con las olas del Espíritu de Dios. Observé cómo un chico tras otro caía sobre un tercero sin que los hubiera tocado nadie. Parecían fichas de dominó. Por una hora [fue una hora y quince minutos, pero no quiero cambiar lo que él escribió] estuvimos saturados de la presencia de Dios. Casi al final del culto padres e hijos se abrazaban y lloraban mientras la presencia de Dios tocaba sus corazones.

Un chico de diez años nos dijo que cuando yacía en el piso vio rayos de luz blanca brillante que salían del cielo raso y caían sobre cada uno. Varios adultos de la congregación y del coro repetían lo mismo. Nadie salió del culto hasta las once de la noche. Tuvimos que cargar a los niños que continuaban llorando.

Estoy recibiendo informes de familias cambiadas; niños que testifican y obedecen, etc. Como pastor doy fe de que mi hogar y mis hijos son diferentes.

DR. AL BRICE,
Pastor principal
Covenant Love Family Church, Fayetteville,
Carolina del Norte

Me llamó la atención el informe dado por el chico que vio los rayos brillantes de luz blanca que salían del cielo raso. Lee-mos en el libro de Habacuc:

Oh Jehová, he oído tu palabra, y temí.
Oh Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos,
En medio de los tiempos hazla conocer;
En la ira acuérdate de la misericordia.
Dios vendrá de Temán,
Y el Santo desde el monte de Parán.
Su gloria cubrió los cielos,
Y la tierra se llenó de su alabanza.

Y el resplandor fue como la luz;
Rayos brillantes salían de su mano,
Y allí estaba escondido su poder.

—HABACUC 3.2-4

Estoy seguro de que ese chico no tenía la más remota idea de que hace mucho tiempo Habacuc escribió algo parecido. Somos testigos de que Joel vaticinó: «Profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas... y vuestros jóvenes verán visiones» (Joel 2.28). Sin tener conocimiento previo, el niño de diez años estaba describiendo una visión similar a la descrita en la Biblia.

Otro niño afirmó con valentía: «Mamá, aún no ha terminado el ayuno». Sus palabras no solo fueron proféticas sino que expresaban verbalmente el deseo de muchos otros. Estas personas jóvenes experimentaron la presencia del Dios vivo, por lo que sus vidas cambiaron. Querían continuar sin detenerse.

Esa noche la esposa del pastor nos leyó las Escrituras por las que Dios le había hablado acerca de lo sucedido:

Por eso, pues, ahora, dice Jehová, convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento [hasta que sea quitado todo obstáculo y se haya restaurado la amistad rota]. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos.

—JOEL 2.12-13

Mi corazón ardía en mi interior cuando ella leyó esos versículos. La frase «convertíos a mí» describía la determinación de la iglesia. Las personas estaban alineadas en su empeño por llegar al corazón de Dios. No retrocederían.

El Señor nos dio instrucciones de rasgar nuestros corazones y no nuestros vestidos. He visto creyentes e iglesias que aparentan tenerlo todo, sin embargo no tocan el corazón de Dios como lo hizo esta. ¿La razón? Quizás ayunaban, tenían

reuniones de oración y se abstenían de indulgencias externas. Esto los hacía ver buenos en lo que respecta al «vestido» externo, pero en su interior ocultaban corazones intransigentes. Aun vivían para sus propios asuntos en vez de vivir para servir a otros. Dios se impresiona más con la sumisión interna que con las apariencias externas de cristianismo. Joel continuó:

Tocad trompeta en Sion, proclamad ayuno, convocad asamblea. Reunid al pueblo, santificad la reunión, juntad a los ancianos, congregad a los niños y a los que maman, salga de su cámara el novio, y de su tálamo la novia.

—JOEL 2.15-16

El fuego en mi corazón se extendía mientras la esposa del pastor continuaba leyendo. Ella describía cómo Dios había dado instrucciones a esta iglesia exactamente cuarenta días antes. Cuando el mensaje profético se anunció con bombos y platillos, todos se dispusieron a buscar de Dios. Desde los líderes hasta los niños, nadie estaba exento. Ella continuó leyendo:

Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días.

—JOEL 2.28-29

«Y después de esto». He leído una y otra vez este versículo. Es más, desde que nací de nuevo, muchos creyentes y ministros también se han referido con frecuencia a Joel 2.28-29. Se habla de hijos e hijas profetizando y viendo visiones junto con las señales y prodigios del Espíritu Santo. Sin embargo, en discusiones y prédicas a menudo se pasa por alto la expresión «y

después de». Si algo está profetizado para que suceda «después de», entonces algo importante se debe realizar «antes de»: la respuesta de la iglesia a la trompeta, para estar cerca de Dios.

El Señor responde poderosamente cuando nos acercamos. Por eso debemos acercarnos cuando él llama. Otro elemento importante es el tiempo. Esto es lo que se pierden muchos creyentes. Creo que mientras usted lee este libro comprenderá que aunque los creyentes tienen —en todo momento— una invitación abierta a llegar ante el Señor mediante la oración y la comunión, hay ocasiones y temporadas en que él nos llama para propósitos específicos. En esas ocasiones el tiempo se vuelve crucial, porque si no respondemos nos perdemos la bendición que él desea darnos.

Más que en nuestra propia voluntad o deseo, el enfoque en estos tiempos está en la obediencia. Dios se agrada mucho más con la obediencia que con el sacrificio. He visto iglesias que ayunan periódicamente, que oran día y noche, y sus miembros sacrifican el sueño para cumplir con su espacio de oración. Pero esto no garantiza el poder ni la presencia de Dios. También he visto, a menudo, que a esas iglesias les falta lo que tiene en abundancia la iglesia de la que escribo. Tienen la forma, pero no el corazón.

Lo mismo ocurre con los individuos. He visto muchos que ayunan y oran de manera religiosa, sin embargo les falta la libertad, el poder y el conocimiento íntimo de Dios que he visto en otros que no se sacrifican tanto, pero que responden a la dirección del Espíritu de Dios.

La iglesia hizo caso al llamado de la voz de Dios. En el año y medio siguiente se duplicaron en tamaño. Es más, la noche en que nos reunimos acababan de terminar la construcción del santuario y a los seis meses tuvieron que comenzar otro programa para construir uno más grande.

Después de eso el pastor y yo conversamos con frecuencia. Me dijo: «John, nuestro segundo culto dominical, que se inicia

a las diez de la mañana, termina entre las dos y las tres de la tarde». Un domingo me llamó y dijo que tuvo que decir a la congregación: «Váyanse a casa, por favor». Manifestó que las personas se quedaron de pie mirándolo, sin querer salir.

Dios cumplió su palabra. Esas reuniones fueron las más poderosas que esa iglesia había experimentado. Eso sucedió gracias a nuestra cooperación con su Espíritu y a nuestra obediencia a su dirección. Han pasado varios años y el pastor recibe todavía informes de ese culto. El fruto se ha mantenido. He ministrado allí algunas veces desde entonces y he visto un incremento en la pasión y en la sed genuina por Dios.

Un anticipo de lo que vendrá

Un año antes estuve en Kuala Lumpur, Malasia, ministrando durante una semana de cultos en el instituto bíblico más grande de la nación. En nuestro octavo culto hubo una experiencia similar, pero duró solo entre cinco y diez minutos. El Espíritu de Dios cayó sobre los estudiantes y los demás asistentes. Esa es otra reunión que nunca olvidaré. Dios me habló la mañana siguiente al culto, cuando estaba orando: «Verás por todas partes lo que viste ayer, porque esta es una de las últimas acciones de mi Espíritu, la cual ocurrirá en la iglesia». Me mostró que esa acción de su Espíritu produciría el fruto de la verdadera santidad en la iglesia y que la prepararía para la cosecha venidera. Dios encenderá a su pueblo con una pasión intensa y ardiente que no hemos visto antes.

No creo que usted esté leyendo este libro por casualidad, sino por providencia divina para crearle ansias y preparar su corazón en cuanto a lo que él está a punto de hacer. Debemos alistarnos personalmente para su Segunda Venida. El apóstol Juan escribió: «Gocémonos, alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado» (Apocalipsis 19.7).

Nosotros somos esa novia de Cristo, y tenemos un papel crucial en cuanto a prepararnos para estar unidos con él. Quiero volver a resaltar este punto: Debemos prepararnos personalmente. Esta es una fusión divina, ¡Él no lo hace todo por nosotros! Es nuestra respuesta a su provisión. Él provee la gracia y nosotros abrazamos el fuego. Él no regresará por una iglesia imperfecta y manchada por el mundo. Regresará por una novia pura, cuyo corazón arde con la verdadera santidad.



2

EL PROPÓSITO DE LA SALVACIÓN

*Dios, que creó el universo y todo lo que lo compone,
expresa su intención de morar en nosotros y entre nosotros.*

Con frecuencia escucho a líderes que utilizan la palabra *visita-
ción* cuando describen un encuentro con la presencia de Dios,
ya sea que ocurra de manera individual o colectivamente como
pasó en el culto descrito en el capítulo anterior. El deseo del
Señor no es visitar sino *habitar*. Ilustraré la diferencia: tengo
vecinos que son buenos amigos y en numerosas ocasiones he
ido a verlos a sus casas. Pero cuando la visita se acaba regreso
a mi casa, la cual es mi lugar de morada. Esta es una de las más
grandes promesas que el Señor hace a los creyentes:

Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos
serán mi pueblo.

—2 CORINTIOS 6.16

¡Qué clase de declaración! Dios, que creó el universo y todo lo que lo compone, expresa su intención de morar en nosotros y entre nosotros. De acuerdo a esta promesa, Pablo escribió que somos «juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu» (Efesios 2.22). Esta es su promesa para nosotros. Sin embargo, toda promesa bíblica es condicional. Si la condición no se cumple, la promesa se hace ineficaz, no por infidelidad de Dios sino por la nuestra. Para Dios es imposible mentir, pero no es imposible para el hombre invalidar su Palabra (ver Marcos 7.13) al no hacerle caso o tergiversarla. Eso también incluye la promesa de que Dios habite en nosotros y entre nosotros.

Pablo continúa:

Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré.

—2 CORINTIOS 6.17

La condición es que debemos salir del sistema del mundo. Dios dice que nos recibirá si cumplimos esta condición. Por el contrario, Dios no nos recibirá si no la cumplimos. ¿Por qué no nos recibirá? Para responder a esta pregunta debemos comprender que Dios es luz pura y en él no se encuentra indicio de oscuridad, esta no puede tolerar la presencia de la luz pura.

A medida que continuamos con este mensaje vemos que la luz de Dios habla de su santidad. La Biblia no dice que él *tiene* santidad sino que es santo (ver Levítico 19.2). El sistema del mundo es oscuridad, por eso los que están envueltos en la oscuridad no pueden soportar la luz.

Dios declara: «Santificaos, pues, y sed santos, porque yo Jehová soy vuestro Dios» (Levítico 20.7). Ser santos es rechazar la amistad con el mundo. Santiago nos lo afirma claramente en el nuevo pacto: «¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?». Y concluye: «Cualquiera, pues, que

quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios» (Santiago 4.4).

Pedro destaca el deseo de Dios para un pueblo puro al escribir: «Sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo» (1 Pedro 1.15-16). Ser santo no es una alternativa. Dios no morará en nosotros ni entre nosotros si no hacemos caso a su condición de separarnos personalmente del sistema del mundo. Una paráfrasis de 2 Corintios 6.17 diría:

«Deja la corrupción y la maldad; hazlo por siempre», dice el Señor. «No te vincules con aquellos que te contaminarán. Te quiero completamente para mí».

La magnitud de las promesas de Dios en cuanto a ser nuestro Padre y a morar en nosotros y entre nosotros se nos hace aún más importante al considerar con mucho cuidado la condición que él requiere en esas promesas. Al ver la seriedad de esta condición, Pablo afirmó: «Puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios» (2 Corintios 7.1).

Esos versículos tienen tanta importancia que de ellos se podrían escribir muchos volúmenes. Sin embargo, es limitada la comprensión de la mayoría de los creyentes acerca de lo que dicen. Muchos no comprenden todo porque no entienden el contexto. Pablo está citando lo que Dios dijo a Israel en el Antiguo Testamento. Al hacerlo, también está dando a conocer que el deseo de Dios para nosotros no ha cambiado en el Nuevo Testamento. Debemos comprender las situaciones y acontecimientos que llevaron a esas declaraciones. Cuando tenemos estos antecedentes, el mensaje tiene el impacto espiritual que él quiso darle.

Piense en una película en la que los guionistas, el director y los actores han diseñado cuidadosamente una trama que al

final nos lleva a una escena culminante. Mucho ha ocurrido para llevarlo a usted a esta situación; usted queda abrumado después de ver todo el drama que lo conduce a la escena culminante. Si oye al actor hacer la misma declaración final sin haber visto antes el drama, tendría muy poco impacto, o tal vez ninguno.

Experimenté esto en mi juventud. Entré a nuestra sala de estar donde mis hermanas y mis padres veían una película. Estaban tan cautivados por la historia que no se les debía interrumpir. Ni siquiera se dieron cuenta de que yo había entrado en la habitación. Miré a la pantalla en el momento en que el actor principal declaraba lo que parecía ser una dramática afirmación. Mis hermanas comenzaron a llorar. Sin embargo tal afirmación no significaba nada para mí. Pensé: *¿De qué se trata?* Me encontraba ajeno a lo que sucedía; pero las palabras del actor les fascinaron y evocaron profunda emoción en ellos.

Aquí se aplica el mismo principio. Muchos creyentes llegan a estas palabras culminantes de la boca de Dios y no les hacen caso porque no entienden el drama que las precedieron. Para experimentar realmente el impacto de lo que él nos está diciendo debemos comprender el argumento o el drama anterior a estas declaraciones. Para desarrollar eso se necesitan varios capítulos. Debemos comenzar yendo al libro de Éxodo.

Me desviaré para ver

El Éxodo comienza con los descendientes de Abraham en cautiverio. Habían estado en Egipto por cerca de cuatrocientos años. Al principio su estadía allí era ventajosa, pero con el pasar del tiempo se volvieron esclavos y eran maltratados brutalmente.

Moisés, un hombre nacido hebreo, escapó del duro trato; siendo un bebé fue llevado a la casa del faraón y se crió como su nieto. Sin embargo, cuando tenía cuarenta años, y por ser

leal a su propio pueblo, se vio obligado a huir a otras tierras debido a la ira del faraón.

Cuarenta años después Dios mismo se reveló a Moisés cuando este se encontraba en pleno desierto cuidando los rebaños de su suegro. La revelación ocurrió en el monte Sinaí, llamado Horeb y monte de Dios. El Señor se le apareció en una llama de fuego en medio de una zarza. Cuando Moisés vio la zarza ardiendo en fuego, pero que no se consumía, dijo: «Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema. Viendo Jehová que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza» (Éxodo 3.3-4).

No fue sino hasta cuando Moisés se desvió para acercarse a la presencia del Señor que ocurrió algo entre Dios y él. Una vez que el Señor vio que Moisés dejaba su propio camino para acercarse a él, lo llamó y procedió a revelársele a través de su Palabra. Si Moisés hubiera considerado la situación como poco digna de prestarle atención, probablemente Dios habría partido sin decirle nada. En el Nuevo Testamento se nos ordena: «Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros» (Santiago 4.8).

¿Quién debe acercarse primero? ¿Dios o nosotros? Él nos atrae, pero es solo cuando nos acercamos a Dios que él se acerca a nosotros con el propósito de revelarse. De eso se trata este libro. Es más, este es el enfoque de nuestro destino.

El propósito de la liberación divina

El Señor se reveló a Moisés y le dijo que llevara ante Faraón el mensaje de que dejara en libertad a su pueblo. A pesar de la obstinación y fortaleza del gobernante, Dios liberó a los descendientes de Abraham con una cantidad poderosa de milagros, señales y prodigios.

La liberación israelita de la esclavitud egipcia guarda correlación en el Nuevo Testamento con nuestra liberación de la

esclavitud del pecado. Egipto es una representación del sistema mundial e Israel de la iglesia. Cuando nacemos de nuevo, nos volvemos libres del sistema tiránico y opresivo que ofrece el mundo.

¿A dónde fue encaminado Moisés con los hijos de Israel después de ser liberados? Cuando hago esta pregunta a la congregación, por lo general las personas responden: «A la tierra prometida».

Sin embargo, eso no es cierto. Se dirigió al Monte Horeb o Sinaí. Las palabras de Dios al faraón, a través de Moisés, fueron: «Deja ir a mi pueblo, para que me sirva en el desierto» (ver Éxodo 7.16; 8.1, 20; 9.1, 13; 10.3). ¿Por qué querría Moisés llevar al pueblo a la tierra prometida sin conocer primero al Prometedor? El Señor no desearía eso para su pueblo. Si hubieran entrado a la tierra prometida sin la revelación de Dios, habrían ingresado a un lugar de idolatría.

Esto es lo que ha sucedido en la iglesia con muchos que han sido salvos en los últimos cincuenta años. El énfasis ha estado en comunicar las promesas y provisiones del Señor, en vez de resaltar el carácter y la naturaleza de Dios, para que el pueblo se acerque a él. Nuestros mensajes han atraído a las personas hacia un mejor estilo de vida acompañado de seguridad eterna en vez de acercarlas a conocer y servir al Señor de gloria. Muchos ministros se cuidan de dar un mensaje positivo que atraiga multitudes. En vez de eso, renuncian a un mensaje que puede traer los cambios necesarios para encontrar a un Dios santo.

Conocer a Dios en el Sinaí cambió a Moisés, que también sabía que el pueblo necesitaba una experiencia similar. Si no hubiera encontrado al Señor en la zarza ardiente, habría luchado por sacar al pueblo de la esclavitud y llevarlo a su propia tierra. Eso fue lo que quiso hacer de joven y lo que lo obligó a huir del faraón.

Muchos se salvan hoy debido a mensajes de ministros que anuncian sus llamados en vez de proclamar la revelación de Dios. Si tenemos un llamado en nuestras vidas, pero no hemos permitido que Dios nos lleve a lo más profundo de su desierto para revelarse en persona, buscaremos liberar a las personas por motivos de libertad. Sin embargo, debemos liberar a las personas con el propósito de que lleguen ante el Creador.

Leemos en el libro de los Hechos:

Y fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras. Cuando hubo cumplido la edad de cuarenta años, le vino al corazón el visitar a sus hermanos, los hijos de Israel. Y al ver a uno que era maltratado, lo defendió, e hiriendo al egipcio, vengó al oprimido. Pero él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya; mas ellos no lo habían entendido así.

—HECHOS 7.22-25

Moisés vio el sufrimiento y quiso calmarlo. Sabía también que fue llamado a liberar al pueblo de Dios. Lo sentía en el corazón. Sin embargo, sin la revelación divina no estaba preparado para llevar al pueblo a su destino. El liderazgo sin propósito adecuado puede ser más peligroso que la falta absoluta de liderazgo. Moisés era un líder y tenía un propósito, pero este estaba incompleto. Sin la revelación de Dios, a lo mejor, pudo haber conducido al pueblo a una tierra vacía de la provisión del verdadero propósito de su libertad: conocer íntimamente a Dios. Por eso el Señor lo guio a lo profundo de su desierto, con el fin de que el corazón de Moisés se calmara de lo que el mundo le había dejado. En el desierto pudo responder deseoso a la revelación de Dios. La preparación lo capacitó para expresar: «Iré yo ahora y veré...»

Debemos comprender que no todo lo «bueno» es un ministerio verdadero. Era bueno el deseo que Moisés tenía a los cuarenta años de edad: ver a su pueblo libre. Pero ese no era un ministerio verdadero. Eva se acercó al lado «bueno» del árbol del conocimiento del bien y del mal, no al lado malo. Cuando vio que el árbol era bueno para comer, que era agradable a los ojos y codiciable para alcanzar la sabiduría, tomó de su fruto y comió (ver Génesis 3.6). Ella fue tentada a ser como Dios. Hay muchas cosas que parecen ser buenas y del Señor, pero son contrarias a su carácter y naturaleza. Solo cuando entramos al conocimiento íntimo de él podemos discernir realmente lo que es bueno.

Os he traído a mí

Moisés sacó al pueblo de Egipto y lo llevó a adorar a Dios en el desierto. Sin embargo, no fueron de inmediato al Sinaí. Les tomó tres meses hacer un viaje que pudieron haber hecho en diez u once días. ¿Por qué permitió Dios eso? La respuesta es sencilla y parecida a la situación con Moisés: el Señor quería darles tiempo para calmar sus corazones y así poder aceptar la revelación de Dios como lo hizo Moisés.

Cuando los israelitas llegaron al pie del Monte Sinaí, Moisés los llevó allí y él solo subió hasta donde estaba la presencia de Dios. Entonces el Señor «lo llamó desde el monte, diciendo: Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel...» (Éxodo 19.3).

Antes de leer más de lo que Dios le dijo a Moisés, debo resaltar a quién estaba dirigido el mensaje. No fue a Aarón ni a sus hijos. Tampoco fue a los hijos de Leví. El mensaje de Dios fue para toda la nación de Israel. Para toda persona liberada de Egipto: desde las más pequeñas tribus, familias y personas hasta las más grandes.

Escuche ahora el mensaje de Dios: «Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí» (v. 4). ¡La frase «y os he traído a mí» nos dice la razón por la que usted fue creado! ¡Llevarlo ante el Señor es el motivo por el que él hizo todo lo posible por darle la salvación!

Vemos este motivo desde el principio de la humanidad. ¿Por qué puso Dios al hombre en el paraíso? Adán no fue creado para tener un ministerio mundial de liberación. No fue colocado en el huerto para construir puentes o rascacielos. Fue puesto en el Edén para caminar en comunión con el Dios viviente. Aparte de esa comunión pueden emerger rascacielos o ministerios, pero ese no es el propósito de la existencia humana.

Los primeros siete años después de ser salvo, asistí a una gran iglesia, para la cual —con el tiempo— trabajé, que resaltaba las promesas y provisiones divinas. Era una iglesia muy evangelística que tenía pasión por alcanzar al mundo con las buenas nuevas del evangelio. Pero el evangelio predicado allí acentuaba los beneficios del reino más que la gloria de conocer a Dios. Puesto que esa congregación era muy conocida internacionalmente, la visitaban personas de todo el mundo. El celo del líder por ver que otros se salvaran era contagioso. En esa iglesia de alcance internacional, muchos tenían pasión por el ministerio y yo, seguramente, era uno de ellos.

En los primeros años de asociación con esa iglesia, me levantaba cada mañana y oraba cerca de hora y media antes de ir a trabajar. Le pedía a Dios que me usara para alcanzar a los perdidos y moribundos, y para sanar a los enfermos. Clamaba por ir a las naciones para liberar a los cautivos. Oré fervientemente sin cesar, hasta que una mañana oí que el Señor decía a mi corazón: «John, ¡tus oraciones son equivocadas!».

Así que pensé: *Esa no puede ser la voz de Dios. Debe ser la del enemigo.* Pero sabía que era la voz de Dios. Estaba desconcertado: «Señor, ¿cómo puedes decirme eso? Oro porque el

pueblo sea salvo, sano y libre. ¡Ese es tu deseo!». Sin embargo, él vio más allá de mis palabras. Vio cuán poco sabía yo de su verdadera naturaleza y sin ese conocimiento él sabía que aunque yo hubiera estado sacando a la gente de la esclavitud, tal ministerio habría llevado finalmente a mis discípulos y a mí mismo a otra esclavitud de idolatría... dentro de un ambiente eclesial.

Dios me dijo: «John, la meta del cristianismo no es ministrar. Tú puedes echar fuera demonios, sanar enfermos y llevar personas a la salvación, y sin embargo ir a parar al infierno». Agregó: «Judas dejó su trabajo para seguirme, sanó enfermos, resucitó muertos y echó fuera demonios, y a pesar de eso está en el infierno». Esas palabras se me clavaron en el corazón.

Debemos recordar que Judas estaba en el equipo de apóstoles que salieron con poder para sanar enfermos, resucitar muertos y echar fuera demonios (ver Mateo 10.1-8).

Rápidamente pregunté: «¿Entonces cuál es la meta del cristianismo?».

Al instante recibí la respuesta: «¡Conocerme íntimamente!». Entonces recordé a Pablo, que consideró todas las cosas como basura «a fin de conocerle» (ver Filipenses 3.8-10).

El Señor susurró a mi corazón: «De esa relación íntima saldrá el verdadero ministerio». Daniel lo confirmó al decir: «El pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará» (Daniel 11.32).

Jesús habla de ciegos guías de ciegos (ver Mateo 15.14). Esto es cierto para todos los que buscan sacar a las personas del cautiverio, sin antes tener abiertos los ojos para ver al Señor. Por eso Pablo oraba de todo corazón para que los ojos de nuestros corazones se alumbraran con el conocimiento de Dios (ver Efesios 1.18). Es con su luz que vemos (ver el Salmo 36.9). Somos ciegos si no tenemos una revelación de él. Quienes no llegan a conocer íntimamente a Dios podrían tener buenos motivos,

pero sin la revelación del Señor conducirán finalmente a otros a la misma zanja a la que ellos se dirigen.

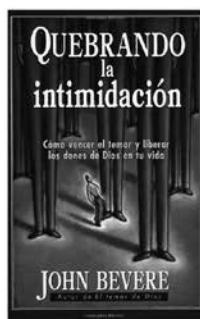
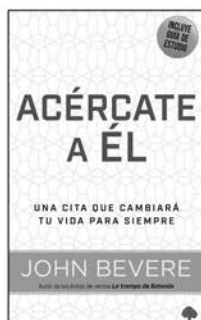
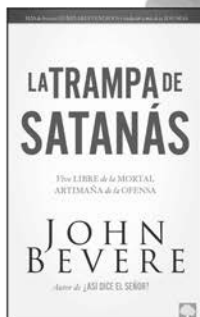
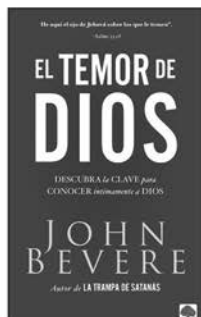
Eso me ocurrió en mis primeros años de cristiano. El pastor mantuvo más sus ojos en las bendiciones del pacto que en el Bendecidor. Llevó un estilo de vida muy elaborado que obtuvo de creer y actuar en el pacto de las promesas divinas, pero vacío de la revelación del carácter de Dios; por eso comenzó a desviarse hacia el error. Finalmente se paró ante la congregación y afirmó que ya no quería vivir más con su esposa y madre de sus hijos. Le dijo a la congregación que si no estaban de acuerdo, se podrían ir. Luego se casó con una mujer joven, enérgica y ambiciosa que también estaba en el ministerio, y que se convirtió en una gran trampa para su vida. Su iglesia disminuyó de miles a cientos, con muchos naufragos y personas alejadas de la iglesia. Finalmente se divorció otra vez y vendió el edificio de la iglesia a la ciudad.

Moisés conocía lo que transformó su vida: su encuentro y su comunión íntima con el Dios vivo. Sabía hacia dónde dirigir al pueblo. No directo a las promesas, sino al único que en realidad satisface. Reconoció el propósito para el que fue creado y comprendió la necesidad de encontrar el corazón de Dios que no se reveló entre sus muchas bendiciones, sino al oír cara a cara las palabras del Señor.



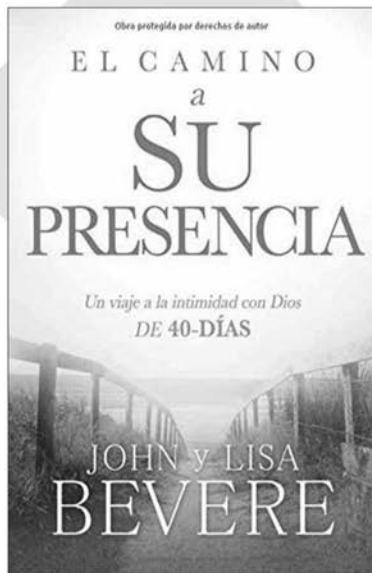
JOHN BEVERE es autor de varios libros, entre los que figuran: *La trampa de Satanás*, *El temor de Dios*, *¿Así dice el Señor?*, *Quebrando la intimidación*, publicados por esta casa editorial. Su ministerio es reconocido tanto en los Estados Unidos como en otros países del mundo, donde ha sido usado grandemente para liberar a miles de personas. John y su esposa, Lisa, residen en Colorado, Estados Unidos. Tienen cuatro hijos y tres nietos.

LIBROS DE JOHN BEVERE



Para vivir la Palabra
www.casacreacion.com

LIBROS DE
**LISA
BEVERE**



Para vivir la Palabra
www.casacreacion.com



CASA CREACIÓN

Te invitamos a que visites nuestra página web, donde podrás apreciar la pasión por la publicación de libros y Biblias:

www.casacreacion.com



@CASACREACION



@CASACREACION



@CASACREACION

Para vivir la Palabra

¿ARDE SU CORAZÓN CON EL FUEGO DEL ESPÍRITU SANTO?

Jesús no acepta la tibieza. Al contrario, nos insta a la pasión. Pero, ¿dónde encontramos el fuego que pueda calentar nuestra relación con Dios? Él nunca nos pide nada para lo que no nos haya preparado. Si ha sentido que no puede alcanzar una relación apasionada con él, este libro le demostrará lo contrario.

John Bevere —autor y maestro de la Biblia mundialmente reconocido— le reta a cambiar toda relación mediocre con Dios por una que sea fogosa y enérgica. *Un corazón en fuego* presenta cautivantes ideas entrelazadas con excelentes enseñanzas que le ayudarán a encender y mantener la pasión por Dios. Léalo y permita que el Espíritu Santo le transforme mientras el fuego de la santidad de Dios toca lo más profundo de su alma.

No importa dónde se encuentre en su caminar con Dios, si atesora en su corazón las palabras de este libro, su vida será transformada. Para cualquiera que desee una relación con Dios más estrecha, esta lectura es indispensable.



JOHN BEVERE es autor de varios libros, entre los que figuran: *El temor de Dios*, *¿Así dice el Señor?*, *Quebrando la intimidación*, publicados por esta casa editorial. Su ministerio es reconocido tanto en los Estados Unidos como en otros países del mundo, donde ha sido usado grandemente para liberar a miles de personas. John y su esposa, Lisa, residen en Colorado, Estados Unidos. Tienen cuatro hijos y tres nietos.



CASA CREACIÓN

Para vivir la Palabra

www.casacreacion.com

[f](#) [t](#) [@](#) /casacreacion

RELIGIÓN/ Vida cristiana/ Crecimiento espiritual
RELIGIÓN/ Christian Life/ Spiritual Growth
ISBN 978-1-941538-99-9



9 781941 538999